

# LA NOVELA FILM

N.º 146

30 cts.



## UN AMOR ORIGINAL

POR  
VIOLA DANA Y ROBERT AGNEW



# LA NOVELA FILM

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción } Cortes, n.º 651  
Administración } BARCELONA

Año IV

N.º 146

## UN AMOR ORIGINAL

Preciosa comedia americana, interpretada  
por los célebres artistas

Viola Dana, Robert Agnew, Sazu Pitts,  
etc.

Producción METRO-GOLDWYN

Distribuida por

Metro-Goldwyn Corporation

Mallorca, 220 - Barcelona

Con esta novela se regala la postal de  
ALICE JOYCE



# Un amor original

## Argumento de la película

La historia hace mención de cuatro grandes amores: el de Adán y Eva; el de Marco Antonio y Cleopatra; el de Romeo y Julieta; el de Zapaquilda y Micifuf. Y, sin embargo, en los actuales y prosaicos tiempos, ha existido otro que bien merece los honores de la posteridad.

En Clarksville, una pequeña población americana, vivía el respetable banquero señor Bunker, padre de Alicia, la joven más encantadora entre las hermosas del lugar.

Alicia, hija única, con una belleza peregrina que hacía suspirar, se veía siempre cortejada por lo mejorcito del pueblo. Algunos pretendientes iban a ella ligados por la simpatía irresistible de su persona; otros, más materializados y groseros, soñaban con la fortuna del padre, tan saneada y tentadora.

Pero el corazón de Alicia había ya elegido dueño. Ella amaba, con la dulce inquietud de las novias que adoran por primera vez, al doctor Lorenzo Augusto

Tibbett, el hombre ideal que podía llenar todas las fantasías de su alma.

El doctor Tibbett había terminado, dos años antes, su carrera. Y tal vez por su juventud, o por esa desconfianza que inspiran a los pueblerinos los médicos nuevos, poca gente iba a solicitar sus servicios, y el flamante médico veía deslizarse los meses en un aburrimiento monótono.

Su despacho, tan pulido y blanco, estaba desierto. Convencido de que allí no haría nunca carrera, se disponía a emprender otra ruta, cuando conoció a Alicia, y enamorado locamente de aquella criatura de ojos negros y agradable sonrisa, sólo pensó en adorarla. Pero era menester luchar, ganar dinero, crearse una posición firme y sólida, sin lo cual él no podría casarse.

El padre de Alicia no miraba con buenos ojos ese proyecto de boda. Le disgustaba la presencia de Tibbett, que, muchas noches iba a visitarles, autorizado por la simpatía de Alicia.

Una noche le recibió con mayor frialdad que de costumbre.

Le molestaban sus visitas. El mediquillo no tenía porvenir; apenas ganaba para cubrir sus gastos. ¿Cómo su hija había puesto los ojos en aquel ente insignificante?

Se apartó de ellos y comenzó a leer un periódico... Y mientras tanto los dos jóvenes hablaban, con la felicidad de sus almas enamoradas. Pero el médico estaba triste; por dos o tres veces pareció distraído de la conversación de Alicia, tanto, que ella, repentinamente disgustada, le preguntó:

—Pero ¿qué te pasa, amor mío?...

Lorenzo la miró con ojos bondadosos, velados por una ligera nube de tristeza.

—Tú tienes confianza en mí, ¿verdad, Alicia?



—¡Absoluta!...

—Gracias, chiquilla. Yo, en cambio, la voy perdiendo en mí mismo...

—¿Por qué dices eso?

—¿No ves, mi vida?... Sin clientela, solo, con una carrera de la que nadie necesita aquí, al parecer... Y con deseos de luchar, de ofrecerte algo para que nos podamos casar pronto...

—¡Vamos! ¡Ya decía yo!... No te preocupes... Los comienzos son difíciles, aquí y en todas partes... Yo tengo la seguridad de que has de hacer algo muy grande... muy grande... una operación de mucho mérito...

—¡Alicia! Oyéndote hablar, mi vida cambia... Eres... ¡qué se yo!... mi única esperanza... Te amo tanto porque eres mi guía, mi Virgen devota a la que yo rezo encomendando mis angustias... Quiero ser fuerte para hacerme digno de ti...

El banquero Bunker oyó el timbre del teléfono y descolgó el auricular.

—¿Quién?

—Soy Daniel, el de la cochera... ¿Está ahí el doctor Tibbett? Se trata de un caso serio.

—Aguarde un momento...

Bunker fué a advertir al doctor:

—Vaya al teléfono. Se necesita un médico y se ha pensado en llamar a usted.

—¿Está usted seguro? —dijo el joven, sonriendo—. ¿Un cliente? ¡Soberbio!...

Conmovido por aquella llamada inesperada, acercóse al aparato.

—¿Qué hay?...

—Soy Daniel, el de la cochera...

—¿Qué ocurre, Daniel? ¿Hay enfermos en casa? —le dijo con voz amable.

—En mi casa precisamente, no; pero tengo muy malito el caballo alazán...

La ira se apoderó del médico.

—¡Pero, hombre, yo soy médico y no veterinario!...

Estaba realmente indignado. ¡Que no le llamaran... pase; pero que le molestasen para curar animales... eso ya agotaba los límites de la paciencia!

Alicia le miró con una sonrisa desconsolada... pero... No apurarse, el desquite llegaría un día u otro.

Quien llegaba en aquel momento era Tomás Watson, propietario de una tienda de muebles, que había resuelto casarse con Alicia. Económicamente era desde luego mucho mejor partido que el doctor; ahora, la muchacha sentía por él una gran indiferencia...

Saludó a todos. Regaló un ramo de flores a Alicia. La muchacha, agradeciéndole el obsequio, le dijo:

—Papá está en el comedor...

—Voy a saludarle...

Alicia y el médico salieron a la terraza. Se sentaron en una escalera, sobre almohadones que previamente habían cogido. Y siguieron hablando de lo único que les preocupaba en aquel momento: del porvenir de Tibbett.

Tomás, no encontrando al banquero, salió a la terraza. Al ver a los dos jóvenes que platicaban con intimidad, sintióse acometido por celos, y cogiendo otro de los almohadones que había en el comedor fué al encuentro de los novios y se sentó tranquilamente al lado de Alicia.

Ella le miró con extrañeza; y el médico, con cara de pocos amigos.

Pero Tomás, con una sonrisa de burla, dijo:



—Oiga, Doctor, ¿cuándo piensa usted pagarme los muebles que le vendí al fiado?

El médico enrojeció. ¡Ah, canalla! ¡Sacar a relucir aquellas cosas delicadas, allí, al lado de Alicia!

—Pues, tal vez... el martes próximo — respondió.

Alicia se dió cuenta de la violenta situación del médico. Y, alma generosa, recriminó a Tomás.

—Ha sido una gran impertinencia traer a colación este asunto...

—No lo tome usted a mal... Trataba sólo de dar una broma al Doctor...

Alicia no le perdonaría el sofocón sufrido por su novio. Comprendiéndolo así, Tomás procuró con su amabilidad borrar el efecto de sus imprudentes palabras.

El banquero apareció en la terraza. Tomás se apresuró a saludarle; le convenía estar bien con el posible suegro.

—No tengo vocación de sereno, caballeretes, conque... — dijo Bunker.

—Es temprano aún, papá...

—Casi media noche...

Tomás recogió su sombrero y al ver el de su rival, fué a entregárselo personalmente. Amigo, la orden era para los dos; convenía salir de allí cuanto antes.

Alicia, al despedirse del médico le dijo en voz baja:

—Vuelve después que se haya ido Tomás...

Ya en la calle los dos hombres tomaron distinta dirección. El mueblista espío los pasos de Lorenzo, ocultándose detrás de un árbol. Observó que el doctor se detenía ante la verja de una casa hablando con una mujer. Y tranquilo, abandonó su escondite.

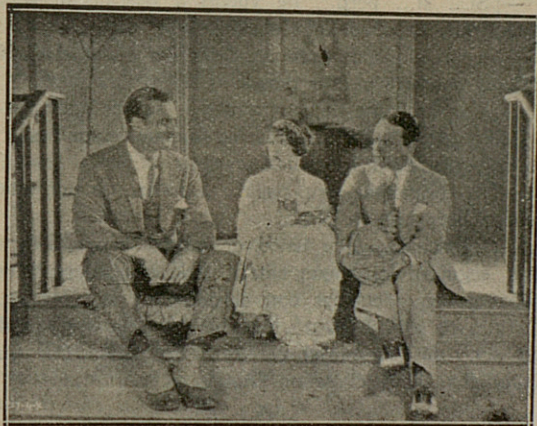
Lorenzo había sido llamado por una mujer llamada Minerva Fitch, una romántica joven que es-

taba enamorada de él. Conversaron un momento...

—Un día pasaré por su clínica... necesito sus cuidados...

—Cuando usted quiera... Yo estoy siempre a sus órdenes.

—Confío tanto en usted, Lorenzo...



—Ha sido una gran impertinencia traer a colación este asunto.

—Pues ya lo sabe... buenas noches, señorita Minerva.

Y saludando con galantería, se perdió en la oscuridad. ¡Pobre muchacha! ¡Tenía fe en él!...

—Creí que no venías — le dijo Alicia, al reunirse de nuevo.

—Era necesario despistar a Tomás... Ahora podemos pasar una horita juntos, en el jardín...

—¡Soy tan feliz, Lorenzo! ¡Es tan bonita esta



noche!... Parece que todo haya sido hecho para nosotros dos...

—Habla... Alicia... canta... ¡es como si cantases!...

Pero su idilio poético fué turbado por la presencia del banquero que no pudo ocultar su extrañeza al ver al mediquillo.

—¡Demonio! ¿No se había marchado usted?...

—¡Sí... sí... pero... he vuelto a buscar mi sombrero que había dejado olvidado!

—Yo creo que debería usted olvidar hasta el camino que conduce a esta casa...

—¿Tan mal me considera usted, señor Bunker?

—No quiero hablar... Usted mismo examínese y le responderá su conciencia...

—No te pongas así, papá... Lorenzo es un buen muchacho...

—¡Silencio!... Que usted descanse, señor doctor...

Y seguido de Alicia, entró en la casa, dejando al pobre joven a cuestas con el dolor de su fracaso...

Salió de allí. Levantó los ojos al cielo implorando un poco de luz en su cerebro cansado... ¿Por qué le odiaba tanto el señor Bunker?

\*\*\*

La salud de que disfrutaban los habitantes de la población era tan general y constante que el pobre doctor Tibbett estaba desesperado al ver cómo pasaban días y más días sin que solicitara sus auxilios ningún enfermo. Se aburría desesperadamente en su clínica... Siempre igual silencio, sin otra compañía que la Soledad (su joven ayudanta)... Y los gastos acumulándose; amenazando con estallar de un día a otro la furia de sus acreedores.

Una mañana, el "groom" del doctor, un chiquillo listo como una ardilla, estaba dando lustre a la

placa que rezaba pomposamente en el exterior del consultorio: "Doctor Lorenzo Augusto Tibbett".

Pasó otro muchacho de su misma edad, un compañero de juegos, y le dijo:

—Vamos a ver a uno de los elefantes del circo que está muy malo.

—No puedo, tengo que trabajar — respondió el "groom".

—Dicen que está a punto de morir y que nunca se había visto un elefante de ese modo.

—Todo lo que tú quieras... pero no me es posible salir...

¡Su compañero siguió su camino... y el pobre "groom" quedó suspirando por la libertad. ¡Con lo que le gustaban a él las cosas del circo!

Poco después, cierto individuo, hombre atlético y de actitudes bruscas, penetró violentamente en el despacho del médico, a pesar de las protestas del "groom", que le rogaba tuviese la bondad de dar su nombre.

A Tibbett le extrañó la rápida aparición del desconocido. Le cogía así, desprevenido, sin la "pose" que cuidaba de adoptar ante los nuevos clientes, haciéndose el hombre interesante y ocupado que tiene cien cuestiones que resolver... ¡Y ahora le encontraba lleno de aburrimiento!

—¿Cómo no has avisado?

—Perdone usted, señor — dijo el "groom". — ¿Qué iba yo a hacer si él entró sin pedir permiso?

El recién venido levantó el misterio de su súbita visita:

—No soy ningún enfermo... Soy el cobrador de la tienda de muebles de Watson... Y vengo por su importe.

—¡Acabáramos! ¿Y para eso tanto hablar?... Ade-



más, ya le dije a Watson que le pagaría el próximo martes. Yo sólo tengo una palabra...

—Muy bien, pero conste que si el martes no paga usted, vendrá aquí un alguacil del juzgado...

—No me amenace... No puedo decirle nada más...

Cuando le vió marchar, sintióse desalentado. ¿De dónde sacaría el dinero para pagar la cuenta?... Si ni por casualidad enfermaba nadie. ¡Señor, una epidemia, un poco de gripe o algo parecido, pero que tuviesen que llamarle! Sino, tendría que suicidarse... y por exceso de salud...

Un automóvil se detuvo ante la puerta del consultorio. Descendió, ágil y encantadora, tocada con un lindo y pequeño sombrero, Alicia Bunker.

Algo le ocurría al médico; ella lo comprendió en el acto.

—¡Tú sufres, pobrecito mío! — le dijo—. Y como yo soy tu madre, tu novia y tu hermana en una sola pieza, me vas a decir pe a pa, la causa de ello.

Y él, orgulloso de aquella linda criatura que se interesaba realmente por su porvenir, volvió a repetirle por centésima vez sus desalientos, su propósito de tomar una determinación radical si aquello no se resolvía pronto.

—No te desanimes, Lorenzo; ya llegará el día que tengas ocasión de demostrar a todos lo mucho que vales...

—Pero... entretanto, ¿qué hacer?... Si me dejaran respirar siquiera por unos días mientras se presenta algo...

—Ten paciencia... Cambiará tu estrella y entonces... sonreirás al recordar tus pasadas desdichas... Yo tengo más interés que tú en que todo se arregle... Para decirle a papá... que mi Lorenzo vale tanto como el mejor hombre...

Escuchándola, el médico se sentía feliz, desapare-

ciendo, como borradas por una mano milagrosa, todas las tristezas que ensombrecían su imaginación.

—Tú sí que eres mi médico, Alicia, médico de mi alma, de mi vida, de mis pasos...

—Pues como tú eres mi paciente, me has de obe-



—No te desanimes, Lorenzo; ya llegará el día que tengas ocasión de demostrar a todos lo mucho que vales...

decer en todo... ¡No pierdas la confianza: ánimo y a esperar! Casi todos los grandes hombres vencieron por saber esperar... Hoy tengo prisa... Adiós...

El la acompañó hasta el automóvil... Cuando se despedían, acertó a pasar por allí el mueblista To-



más Watson. Saludó a Alicia. ¡Ah, mujer esquivo! Conque, ¡de visita en casa de Lorenzo!... ¿Es que él, entonces, debía considerarse fracasado?... Pero, no, tenía medios para volver las cosas del lado de su conveniencia.

Alicia partió velozmente. Tomás se acercó al médico.

—Deseo decirle dos palabras... pero interesantes. Entremos...

Tentado estuvo Lorenzo de negarse a toda conversación... ¿No había venido dos horas antes el dependiente del mueblista? ¿A qué insistir de nuevo?

—Usted dirá.

—No crea que vengo en son de guerra. Hablando se entiende la gente. Doctor: yo estoy dispuesto a darle todo el tiempo que usted necesite para pagar los muebles...

—¿Usted?... ¿A qué viene esa generosidad?...

—¡Oh, no crea que le haga ningún regalo! Yo le concederé a usted un largo crédito, pero con una condición...

Sonreía, pensando en el efecto que iban a causar sus palabras.

—No comprendo...

—Pues... con la condición de que usted renuncie inmediatamente a Alicia...

—¡Nunca!...

¡Renunciar a su amada!... Pero ¿qué se había creído ese Watson?... Primero abandonaría su profesión, todo, antes que dejar lo que era su tesoro.

—¿Se niega usted?...

—¡Basta!... Usted me ha tomado por lo que no soy... Le ruego que demos por terminada esta penosa entrevista...

—¿Me echa usted de aquí?...

—Echarle, no. Rogarle que salga usted de mi casa...

—De su casa ¿eh? —gritó el mueblista, fuera de sí—. El martes que viene veremos de quién es la casa...

—Lo sé de memoria... El martes... le pagaré...

—Es que si no lo hace, me llevo los muebles, y tendrá usted que hacer sentar en el suelo a los clientes...

—Salga de aquí...

—¡Quede con Dios... mal pagador!

Le echó la puerta, como vulgarmente se dice, por las narices, y quedó rabiando. Pretender la venta, o el abandono de su novia, por una cuestión de intereses. ¡Ah, Watson! Cuando tuviera el dinero se lo arrojaría a la cara, peso a peso, para que tuviera que agacharse y coger las monedas caídas, y entonces, él, Lorenzo, con el pie, le clavaría la bota sin compasión sobre su rostro. ¡Ah, pillo!

Mientras tanto, en el interior de un circo ambulante, situado en las afueras de la población, varias personas se hallaban reunidas en torno de una elefanta, llamada Norma, un ejemplar todavía joven, que languideció víctima de extraña enfermedad.

—Que el paquidermo está grave es evidente —decía el domador.

—No se encuentra un veterinario ni para un remedio.

Un chiquillo, el amigo del "groom" de Tibbett, intervino en la conversación:

—Yo conozco a un médico que cura a todo bicho viviente...

—Quizás curase a Norma. Mira, chiquillo, ¿querías avisarle?

—Voy allá...



Y el muchacho emprendió veloz carrera hacia el consultorio de Tibbett.

—Señor Doctor, señor Doctor, me han mandado que lo venga a buscar para que vaya a curar a un elefante.

El médico se levantó, aterrado.

—¡Un elefante! ¿Yo? ¡Tú estás loco!...

—Es verdad, señor, en el circo... Se está muriendo...

—Pero ¿es que le habían tomado por veterinario?... Su primer impulso fué rechazar aquel inesperado cliente que no era de su clase; pero, se acordó de la deuda que tenía contraída con el maldito mueblera.

Abrió un cajón y leyó la factura:

"Mueblería de Watson.

Clarksville, 3 de Julio.

"Sr. Don Lorenzo Augusto Tibbett. Debe: Dólares 56'75".

No veía, de momento, el camino adecuado para pagar este compromiso... Y ahora tal vez se le presentase ocasión de hacer algún dinero... ¡Es verdad! Donde menos se piensa salta la liebre... sino que, ahora... era un elefante...

—Un médico no tiene derecho a negarse a aliviar los sufrimientos de cualquier ser viviente — se dijo para tranquilizar su conciencia—; cumpliré con mi deber.

Preparó en un instante su botiquín y marchó al circo.

—¡Oh, Doctor, salve usted a este pobre animal! — dijo el domador, compungido—. Lo adoro como si fuera mi propia esposa...

—Veamos... veamos...

Al principio se hallaba cohibido... Un cliente de volumen tan enorme, imponía... Era el primer caso...

Lo examinó, palpó su cuerpo, notando una sensación dura y desagradable al apretar la piel de la bestia que parecía mirarle con ojos de gratitud, como si adivinara en él al ser humano que pondría término a sus dolores.

—Le curaré — dijo—. Pero como se trata de un caso extraordinario, lo menos que debo cobrar son cincuenta y seis pesos y setenta y cinco centavos.

Era la cantidad justa que debía a Tomás; no quería cobrar ni un céntimo más; se consideraría deshonrado lucrándose con aquella cura.

—Se le pagará lo que usted desee — dijo—. Pero ¿por qué esos setenta y cinco centavos? — preguntó el dueño del circo.

—¡Oh! Eso es un secreto profesional.

—Bueno... bueno... lo que usted quiera...

Y aquel día y en otros sucesivos siguió la cura del elefante... Norma conocía ya al médico, cuyas unturas verificadas sobre su enorme barrigón mitigaban el escozor de sus entrañas. Levantaba la voluminosa cabeza alzando la trompa como si saludase a este mensajero de su salud.

El empresario del circo, que sabía dónde le apretaba el zapato, daba función extraordinaria siempre que Norma tenía que tomar un remedio.

Y el médico, tranquilo ya por la fuerza de la costumbre, se presentaba en el circo, ante la multitud que llenaba, curiosa, las graderías.

El elefante estaba fuera de peligro, andaba ya bien, recobrando el apetito y todo su funcionamiento normal. El último día, Lorenzo, al dar de alta a su enfermo, acarició los flancos de éste, dándole algunas palmaditas cariñosas.

—A cuidarse, ¿eh?; a no volver a las andadas.

Norma parecía comprenderle. Le miraba con ojos



inteligentes, llenos de una concentrada luz como si reflejaran un incendio de su cabeza.

—El animalito es muy agradecido — dijo el domador —; tenga la seguridad de que no olvidará nunca que usted le ha salvado la vida, doctor... Y cuando un elefante se enamora... ¡ríase usted, doctor!...

—¡Carape!... ¡No creí a esos ejemplares tan apasionados!...

—Se ve que los trata usted por primera vez... ¡Son tan constantes en sus amores!...

Lorenzo, que maldito lo que le importaba el agradecimiento de Norma, abandonó el circo, después de cobrar religiosamente sus honorarios... Ya podría pagar al estúpido mueblista...

La noticia de la curación del paquidermo se extendió como un reguero de pólvora por la ciudad, siendo el comentario del día, a falta de otras cosas de mayor enjundia. Además, se trataba de la hazaña de un habitante de Clarksville, y esto causaba admiración a aquellas gentes vulgares que vivirían y hallarían la muerte en aquel pueblo tedioso.

Alicia estaba segura de que a Lorenzo se le presentaría al fin un gran caso; pero jamás pudo imaginar que el caso fuese de semejante índole...

Una noche leyó a su padre esta noticia que traía el periódico de la localidad:

#### HONOR AL MERITO

*Durante el día de ayer, el doctor Lorenzo Augusto Tibbett recibió entusiastas felicitaciones por la curación, realmente notable, de uno de los elefantes del circo. Clarksville puede sentirse orgullosa de contar entre sus hijos al joven galeno, al que en-  
viamos también nuestro aplauso.*

—Bien sabía yo que Lorenzo triunfaría tarde o temprano — dijo con ingenuidad Alicia.

—¡Bonito triunfo!... ¡Haber estudiado medicina para resultar curandero de elefantes! — exclamó el banquero.

—Todo lo que tú quieras; pero ningún otro médico ha logrado hacer tal cosa... Ahora su fama crecerá... y será rico...

—¡Su fama!... ¡Su fama!... No seré yo quien ponga mi salud en manos de un veterinario...

Pero la joven mostrábase orgullosa de aquel triunfo de su enamorado. A falta de cosa mejor, se alegraba de la fama que comenzaba a envolver el nombre de Tibbett.

¡Quién sabe!... ¡Tal vez ahora comenzase para él el camino de la fortuna!

\*\*

Los elefantes no olvidan jamás; y en una población cercana, donde se hallaba ahora el circo, Norma soñaba...

El animal vió en sueños la imagen de su pulcro médico que tan suavemente le curaba... Y la bestia, agitada por cierto instinto de gratitud, se movía, agitándose para romper las cadenas atadas a sus extremidades inferiores.

Llegó la aurora y con la aurora despertó en el inmenso corazón de Norma una gratitud rayana en amor, un anhelo que era locura de hallarse junto al médico que la había salvado.

Pausadamente, procurando no turbar el sueño del domador, libertóse de los grilletes que ceñían sus enormes patas. Y saltando la valla del circo, encontróse en plena carretera, y...



Símbolo de amor y de ternura  
es este extraño, elefantino drama;  
la dulce Norma, la razón perdida,  
lanzóse hacia el amado de su alma.

Guiada por el misterioso instinto que lleva a las bestias hacia el paradero de las personas a quienes deben gratitud, la elefanta encaminóse tranquilamente al consultorio del médico. ¡La sorpresa que tendría el buen doctor al encontrarse allí a aquel cliente agradecido!

La noticia de la curación de la elefanta había elevado a considerable nivel el nombre del doctor Tibbett. Y aquellos que poco antes le negaban autoridad para curar una cosa ligera, ahora hacían antecala en su despacho, esperando el momento de ser recibidos por el doctor de moda.

Minerva Fitch aguardaba pacientemente que comenzase la consulta; era la primera del turno. Ella había amado siempre, con callada abnegación, al joven vencedor.

Tibbett había dado aquella mañana un paseo en el automóvil de Alicia. Al despedirse, ésta le advirtió:

—No faltes a la tómbola de esta tarde... Nos divertiremos mucho...

—Tengo muchísimo que hacer, pero procuraré ir por allí dentro de poco...

Estaba contento. La vida comenzaba a aclarar su rostro hasta entonces impasible y hostil. Entró en el consultorio.

La ayudanta introdujo a la primera enferma: Minerva Fitch.

—Un momento, señorita — dijo el médico con su acostumbrada "pose".

Y comenzó a consultar unos papeles, cuya resolución era urgentísima, a su juicio.

El elefante había, entretanto, llegado al consultorio. Con el violento impulso de su cola, abrió la puerta, asustando a los que aguardaban, que huyeron en actitud despavorida.

Minerva, atemorizada por aquellos gritos, se abrazó al médico, contemplándole tiernamente.

Tibbett quedó asombrado. ¿A qué obedecía aquella rápida fuga?... Desprendióse de los brazos de su cliente, para inquirir la causa de lo ocurrido.

No viendo a nadie, se tranquilizó... Fué a ponerse su bata blanca para visitar a Minerva, cuando el elefante, que no había podido entrar en la casa por la puerta principal, dirigióse a la parte opuesta y, viendo abierta la ventana del despacho de Tibbett, al reconocer al joven médico lanzó una especie de monumental suspiro. ¡Al fin daba con su hombre!...

Y, sin otras explicaciones, con su enorme trompa enlazó al doctor, que inútilmente quiso desprenderse de aquella argolla de negra piel. Norma se lo llevó al jardín.

—¡Maldito animal! — rugió Tibbett —. Deme usted la americana, Soledad — dijo a su dependienta. — Voy a esconderme...

Y poniéndose en un santiamén aquella prenda, comenzó a correr, calle abajo, esperando despistar cuanto antes a la perseguidora... Pero Norma era joven, estaba saturada de amor, y comenzó a seguirle...

Causó verdaderos destrozos en el camino; como las calles eran estrechas, los flancos del animal chocaban con los muros frágiles de madera, que se resquebrajaban hundidos por el brutal golpe...

La gente salía de sus casas para contemplar el ex-



traño caso. ¿Qué le ocurría al doctor Tibbett, tan serio y pausado siempre, para correr así, con la elefanta detrás?

—¡Vete! ¡Vete! — exclamaba el médico —. ¿Qué me quieres? ¿Por qué me sigues?...

Pero, como al detenerse acortaba la distancia que



*Minerva, atemorizada por aquellos gritos, se abrazó al médico...*

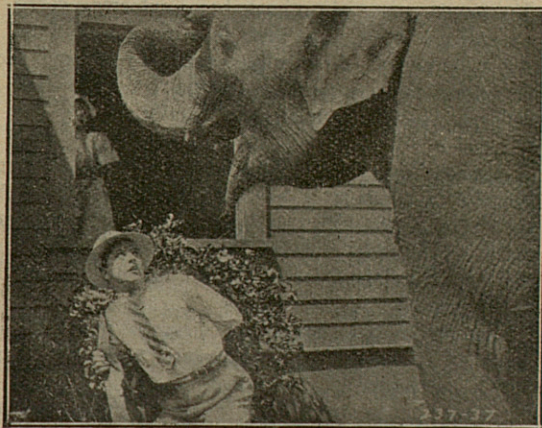
le separaba de Norma, tenía que proseguir su carrera desenfadada y loca.

Comenzaba a sentirse fatigado... Tibbett penetró en una tienda, compró fósforos y salió por la puerta trasera... ¡Menos mal!... ¡Norma no se atrevería a penetrar en los dominios del tabaco!...

Pero Norma, como los amantes célebres de la historia, no encontraba obstáculos para su amor. Sin consideración a su enorme estatura, penetró en el

establecimiento, rompiendo puertas y armarios, derribando los bultos que pendían del techo o estaban en el mostrador, logrando salir de nuevo tras el doctor Tibbett.

El dueño de la tienda lloraba de rabia... ¡Estaba arruinado... arruinado! ¡Había dejado su casa hecha astillas! ¡Ah, mala suerte!... Su tienda estaba



*Y poniéndose aquella prenda, comenzó a correr...*

asegurada contra incendios, contra el robo, pero ¡quién iba a asegurarla por el destrozo que causara un elefante!... ¡Horrible imprevisión!...

—¡Ah! — rugió —. Esas son bromas del estúpido doctor Tibbett... Claro, como le han dado tanto bombo los periódicos, ha acabado por creerse un sabio... Y a costa del elefante se está burlando de todos nosotros... ¡Pero, Cristo, que le haré pagar cara esta broma!...



Tibbet, ya casi sin fuerzas, llegó al jardín de un amigo suyo; y, viendo abierta la puerta del pequeño cobertizo de madera que servía de garage a un automóvil, tuvo una idea salvadora.

Cogió unas hierbas; la elefanta llegó hasta él, mostrándole con acariciadores contactos de su trompa toda su inmensa gratitud... Tibbet entró con su manjar en el cobertizo, y Norma le siguió confiada... Y cuando tuvo al animal bajo cubierto, cerró la puerta con llave y le dejó bien preso. ¡Por fin se había librado ya de aquella incesante y estúpida persecución! El muchacho se sentía rendido, como si hubiera asistido a una gran batalla...

\*\*

Aquella tarde, en el parque de la ciudad se celebraba la tómbola a beneficio del Asilo de Niños de la población. En sus jardines se habían levantado improvisadas tiendas, bajo las cuales un rosario de atracciones varias hacían las delicias de los concurrentes.

En uno de los puestos se celebraba una rifa original. Un hombre vendía números del sorteo que iba a efectuarse.

—Compren, señores, compren... ¿Quién no paga con cuenta centavos con la esperanza de ser el agraciado con un beso?

Alicia Bunker, que se había prestado a ofrecer sus besos en aras de la caridad, esperaba el momento del sacrificio.

—Compren números... compren...

Llegó al grupo el mueblista Tomás Watson, y preguntó:

—¿Qué se rifa aquí?

—¡Casi nada!... El que saque el número premiado tendrá derecho a un beso de la señorita Bunker...

—¡Córcholis!... Vengan todos los números, amigo... Los compro todos...

Y con la generosidad repentina del capricho, allí mismo abonó la serie total de números... Y abrazó a Alicia, depositando en sus labios un beso largo... largo... que no se acababa nunca... como en las películas...

La muchacha pugnaba por deshacerse de aquellos labios que absorbían los suyos, que parecían beber toda su sangre... Aquello era intolerable, ¡diablo!... ¡Cómo abusaba el miserable!...

Pero Tomás, tranquilamente, seguía con su beso...

—Compadre — le advirtió el encargado —; ¿se ha desmayado usted?...

Por fin el mueblista levantó la cabeza, apareciendo sofocado por el esfuerzo.

—Encantado de la vida — exclamó —; voy a comprar más papeletas...

—¡De ningún modo!

—Tiene razón la señorita — dijo el encargado del puesto —; usted ya no puede repetir la suerte...

Lorenzo Tibbett había ido a la tómbola. Libre por fin de la antipática elefanta, quería reunirse con su novia... Pero llegó en el preciso instante en que Tomás besaba a Alicia; y, disgustado, lleno de inexplicables celos y profundo malhumor, se alejó de allí, vagando a la ventura.

Y entró en una de las tiendas donde adivinaban el porvenir...

—Veamos... ¿qué lee usted en las cartas? — preguntó a la pitonisa.

Esta, después de realizar algunos signos misteriosos sobre los naipes, dijo:

—No tardará en llegar el amor a la vida de usted...

—¿Quiere decir? — contestó con amargura.



—Estoy segura... Y además, el destino le reserva algo muy grande...

—¿De veras?...

—Un gran amor, un amor que no reparará en obstáculos para llegar al lado de usted...

Y por esta vez, adivinaba la pitonisa. Pues Norma, no pudiendo librarse de la casita donde la ha-



—No tardará en llegar el amor a la vida de usted.

bían encerrado, echó a andar con ella, dirigiéndose, con el caparazón que la envolvía, hacia el parque...

Y como entre las cuatro maderas de la casa su paso era a ciegas, empezó a causar trágicos destrozos entre las tiendas de la tómbola...

El puesto donde Alicia vendía besos fué partido por un violento porrazo de Norma, y cuantos estaban allí tuvieron que correr, horrorizados por aquella casa movable.

Pero Norma llegó a la tienda de la pitonisa en el momento en que ésta predecía al médico un *amor muy grande, muy grande...*

Destrozó la caseta, y con el golpe partióse el albergue que la cubría, dejando libre al animal.

El doctor, al ver a su constante enamorada, lanzó un grito desesperado y echó a correr... Pero la pobre Norma, alegre por haber recobrado la libertad, comenzó a seguirle...

El gentío comentaba el extraño caso... ¿Qué significaba aquel destrozo?...

—Muy poco aprecio demuestra el Doctor por usted al permitirse bromas de esa clase — dijo Watson a Alicia, aprovechando la ocasión para desacreditar a Tibbett.

Alicia, horrorizada, contemplaba todo aquello, sin dar crédito a lo que veía. ¡Oh, Lorenzo se habría vuelto loco!...

—Un hombre que se porta así no merece sino el desprecio de una señorita — siguió diciéndole Tomás.

Y la joven, convencida de que su novio había realizado aquello para darse popularidad, le respondió:

—No volveré a dirigirle la palabra, se lo aseguro...

Entretanto, Tibbett, oculto tras unos matorrales, procuraba librarse de las caricias de Norma, que con la trompa le daba cariñosos golpes.

—Quieta... quieta...

El médico comprendía que aquel antipático animal le ponía en ridículo... En el pueblo, ya todos le señalarían con el dedo.

Le alcanzaron varios pueblerinos, y le gritaron:

—¡Loco! ¡Loco!...

Y procuraba disculparse:



—Perdonen... no sé por qué me sigue... No le he dado el menor motivo para ello...

Todos creyeron culpable al doctor de aquella broma... Acabó la tómbola como el Rosario de la Aurora, y cada cual se fué a su casa censurando la estúpida idea del médico. ¡Bonita propaganda, a fe!

\*\*\*

Aquella noche, Tibbett no durmió... Ante la puerta del consultorio, el elefante aguardaba tranquilamente a que se hiciera de día. Se había constituido en su policía.

El "groom" de Tibbett dijo a éste a la mañana siguiente:

—Hoy tendrá usted que darme permiso, doctor; debo ir al ejercicio de los Boy Scouts.

—Está bien... Pero, mira, hazme el favor de dejarme ese fusil; acaso pueda necesitarlo...

El chiquillo le entregó su arma; una escopeta de juguete, cosa de chiquillos. Pero Tibbett, desorientado ya en cuestión de medidas, creyó que el fusil le serviría para terminar con la existencia del dichoso elefante...

—Ahora me las pagará todas...

Norma le recibió con la natural alegría... Le acariciaba con la trompa y movía las patas como si fuera a dar una exhibición de "charleston"... ¡Contenta que estaba ella!... ¡Ay, el amor en las razas de elefantes!...

El médico, con la escopeta al hombro, se dirigió al campo, y allí disparó varios tiros contra el animal... Nada... los pequeños balines de aquella escopeta de salón apenas producían, en la dura epidermis del elefante, una sombra de humo.

—¡Eso es desesperante!... ¿Cómo me libraré yo de este animal?... ¿Qué haré para matarle?

Apoyóse contra una cerca del camino... Medita-

ba... Norma, junto a él, parecía velar su inspiración.

Acertó a pasar un automóvil conduciendo a Alicia y a Tomás Watson, que había invitado a la joven a pasar un día de campo.

—Hola, doctor, ¿qué tal la novia? — gritó Tomás.

Alicia miró al joven con desdén... ¡Loco, ingrato!...

Tibbet quiso disculparse, decir algo, pero Norma, tal vez para que callara, le dió un violento empujón, derribándole en un charco enlodado y poniéndole todavía en situación más ridícula.

Entonces, enloquecido, concibió un plan fantástico... Volvió al pueblo, y seguido de una legión de chiquillos se dirigió a la farmacia, rogando al farmacéutico que le despachara inmediatamente 25 litros de aceite de ricino...

Puesto el ricino en una cuba, la pobre Norma, ajena a la pícara traición, comenzó a beber, aceptando cuanto le daba su protector.

—Es la única manera de librarme de ese monstruo — dijo Tibbett —. A ver si muere de una vez.

Tomás y Alicia habían llegado a la casa de campo del primero. El joven parecía prometerse un buen día. Quiso ya insinuarse, procurando besar los labios de la muchacha. Ella le rechazó siempre, bruscamente, diciéndose que había cometido una tontería al aceptar la invitación de aquel hombre... Lo había hecho despechada por la actitud del doctor, que a ella le parecía descortés... Pero ahora comprendía el peligro, viendo los ojos ardientes con que la devoraba Tomás...

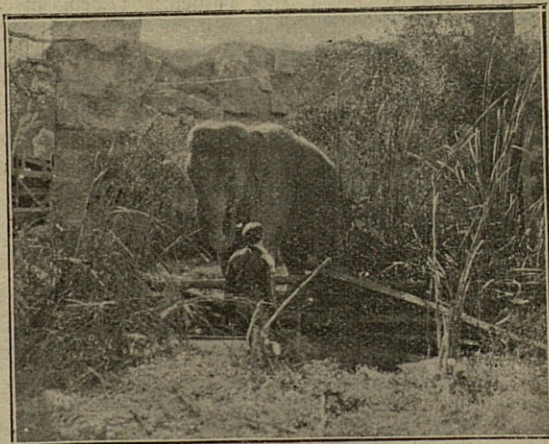
—Mire — le dijo —; ¿no sería mejor que fuese usted por la comida?...



—Voy por ella... pero después de la comida... quiero decirle a usted muchas veces que la quiero.

Salió de allí, y entonces, Alicia, temiendo las consecuencias de permanecer con Tomás, telefoneó al consultorio de Tibbett, diciendo:

—Dígale al doctor que venga a buscarme cuanto antes; estoy en casa de Tomás Watson.



*... Norma le dió un violento empujón...*

El "groom" corrió a comunicar a Tibbett la noticia... Y el muchacho, abandonando a Norma, que acababa de apurar el último litro de aceite, cogió un automóvil y emprendió veloz carrera hacia el sitio indicado.

Pero Norma corrió tras él... No le abandonaría nunca... nunca... Desde el automóvil, viendo al elefante, el médico se preguntó si no sería víctima de alguna pesadilla alucinante.

Fué entonces cuando Norma comenzó a prestar algún servicio. Una "panne" en el automóvil obligó al joven a detenerse... ¡Iba a perder tiempo... y Alicia necesitaba de su socorro!

Y la elefanta, comprendiéndolo así, colocó tranquilamente al médico sobre ella, emprendiendo rapidísima huida... Aquello era heroico, porque el pobre animal comenzaba a sentirse herido por terribles dolores de vientre.

Cuando llegaron ante la casa de Tomás, Norma se dejó caer en el suelo, rendida, casi muerta.

Tibbett entró en la casa, llegando en el momento oportuno en que Tomás, habiendo regresado con la comida, pretendía besar a Alicia como aperitivo sabroso.

—¿A qué viene usted aquí? — gritó ferozmente Tomás.

—¡A pegarle, mal hombre!

Se enzarzaron los dos en una serie de luchas, pero Tomás, más fuerte y robusto, logró echar de la casa a Tibbett, volviendo a cerrar la puerta.

—¡Oh! — gritó el joven —. ¡Y Alicia está ahí, con él! ¡Yo he de salvarla!

Miró al pobre elefante que, desplomado en el suelo, parecía próximo a morir.

—Ahora puedes servirme de algo. ¡Echa abajo esta puerta! — le gritó.

Pero Norma le miraba con ojos bondadosos, tristes... Parecían decir: "Perdone, amo bueno, perdone, pero me estoy muriendo... ¿Por qué hizo usted eso conmigo, por qué?..."

Alicia ordenó a Tomás:

—Abra usted inmediatamente la puerta... Me ha engañado usted... Es usted un miserable...

Tomás vaciló un momento... Por una parte, era tan propicia la ocasión, tan buena, que tal vez no



se le presentara otra mejor... Pero, ¿habría ido el médico a avisar al pueblo?... Era necesario evitar comentarios, quedar en mal lugar, podía comprometerse su porvenir comercial. Y decidió libertar a Alicia.

—Salgamos de aquí...

Abrió la puerta. Y cogiendo a Alicia a viva fuerza, la obligó a subir en el automóvil. Pasarian el día en otro lugar reservado, donde nadie se fijase en ellos.

Tibbett no había perdido el tiempo... Dejó a Norma, creyéndola muerta, mientras procuraba encontrar a alguien para coger a Tomás. Vió a su "groom" vestido de "boy scout".

—¿Estás ahí solo?...

—Con quinientos compañeros...

—Pues os necesito — dijo al ver salir a Tomás y a Alicia.

El muchacho tocó un silbato y del campo aparentemente desierto surgieron medio millar de chicos dispuestos a la lucha y a la persecución.

—¡Detened a aquel hombre! — les gritó el médico.

Tomás, que iba a subir a su coche, al ver aquella nube que avanzaba sobre él, creyó lo más prudente esquivar el encuentro. Huyó a la desesperada, pero poco después los chicos le daban alcance, cayendo sobre él como una tromba.

Tibbett se le acercó y le dijo:

—¿Sabe usted qué día es hoy, Watson?

El mueblista contestó, maquinalmente:

—¡Martes!

—Perfectamente. Es día de cobro, ¿sabe?

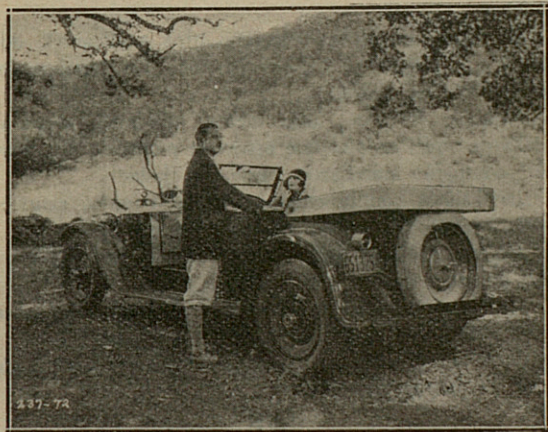
Y comenzó a pegarle, hasta que le dejó medio muerto.

Luego regresó junto a Alicia, y le dijo:

—Aquel mal hombre ha recibido su castigo... Ahora creo que no dudarás de mí. Soy víctima de una persecución extraña... voy a contártelo todo.

Y le explicó al detalle su odisea de aquellos días, su desesperación al ver turbada su vida tan estúpidamente. Pero ya había terminado aquello.

Y en el campo quedó Norma, llena de crueles



*Tomás, que iba a subir a su coche, al ver aquella nube que avanzaba sobre él...*

desengaños, a quien solo le quedaba el río como único y definitivo consuelo... Tuvo aún ánimos para levantarse. La abandonaba su protector, su salvador... y quiso morir...

Lanzóse al río... pero Norma no estaba destinada a desaparecer... El caudal de agua era tan escaso que apenas le cubría las patas. ¿Cómo ser tragada por el agua en semejante situación?...



Salió de nuevo... caminó errante... hasta que el domador, que llegaba sobre una apisonadora buscando a la descarriada, logró hallarla en lamentable estado... ¡Ah, traviesa! ¡Había terminado ya la época de la juventud! ¡Ahora, mucha seriedad!...

Y la pobre elefanta se dejó coger, volviendo con su domador hacia el circo. Por la carretera se cruzó con un automóvil que conducía a Alicia y a Tibbett.

Le miró por última vez, con ojos suplicantes, doloridos... ¡Ingrato!... ¡Así pagaban los hombres el cariño de las bestias!...

Alicia y Lorenzo, alegremente, olvidando la pesadilla de aquel animal que estuvo a punto de provocar un conflicto, marcharon hacia la ciudad.

Distraídos, con la emoción de su triunfo, estuvieron a punto de chocar con un automóvil.

—¡Eh! ¿Dónde van ustedes? — les gritó el dueño del otro auto.

—¿Le interesa saberlo? ¡Pues en busca de quien nos case! — respondió Tibbett.

Y lanzó el coche a toda marcha, como empujado por la fuerza del amor...

— FIN —

PRÓXIMO NÚMERO

## Más allá de la muerte

según la célebre novela de JACINTO BENAVENTE

Postal-regalo: IVAN MOSJOUKINE

Lea usted SIN FAMILIA



Un formidable éxito  
está obteniendo el

# NÚMERO ALMANAQUE

DE

**La Novela Semanal Cinematográfica**  
con el que se regala un lujoso

## ALBUM

para coleccionar las  
postales del año 1926

---

Numerosos argumentos : Información cinematográfica  
32 páginas de retratos de Ases de la pantalla

**¡ SI LO VE, LO COMPRARÁ !**